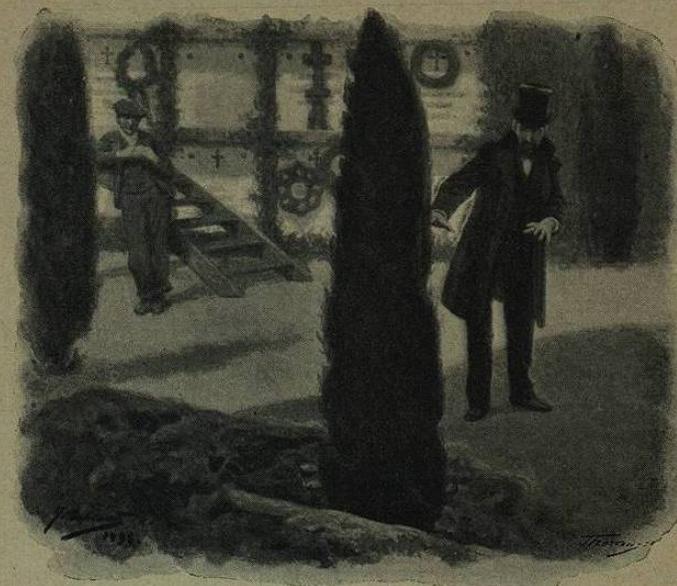


Cuando el criado quiso quitársela, la arrojó lejos de sí, diciendo:

— ¡Maldita seas!

Estaba muerta.

Desde aquel momento fué agresiva y furiosa la antes tranquila locura del infeliz, por lo que tuvo que ser encerrado en un manicomio.



... fijando la inquieta mirada en un punto, como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo

QUIEN Á HIERRO MATA...

I

Paco y Lola venían conjugando el verbo *amar* desde mucho antes de saber para qué sirven en nuestra rica lengua los demás verbos que son nervio y vida en la enunciación del pensamiento.

«¿Me *teres*? — Te *tero*,» se decían en el encantador idioma que usan esas criaturitas mitad querubines, mitad diablillos, delicioso bullebulle de las casas, que todo lo animan y lo alegran.

«¿Me amas? — Te amo,» repetían á cada instante cuando la infancia pasó con sus rosadas alegrías y vino la adolescencia con la intuición de nuevos afectos, de sentimientos nuevos.

— ¿Me adoras, di, como yo te adoro?

— Te adoro, sí, te idolatro.

Así seguía subiendo aquella escala cromática de tonos amorosos, llegando á los más altos en el momento en que el ardiente despertar de las pasiones les dió el conocimiento exacto y la justa clasificación de su amor.

Detallaremos para mayor claridad.

Paco, niño sin madre, había encontrado la ternura y los cuidados de tal en la de Lola, que vivía en otro piso de la misma casa y le evitaba la soledad durante las forzadas ausencias de su padre, haciéndolo compañero constante de sus hijos.

Paco y Lola se criaron, pues, juntos, juntos crecieron mezclando lágrimas y risas, juegos y golpes, besos y caricias, que por tanto quererse siempre les dieron en la vecindad desde chiquitos el nombre de novios, y novios se decían ellos sin comprender en mucho tiempo lo que la palabra significaba, adivinándolo más tarde y comprendiéndolo al fin.

Lola, linda, débil y enfermiza, parecía mucho más débil cuando no tenía al lado á Paco, como si la robusta naturaleza de éste, su viril resolución, su sangre rica en glóbulos rojos, prestara vida á su ánimo apocado y fuerzas á su cuerpo anémico.

Paco, exuberante de vida y de salud, se sentía triste y desanimado cuando las exigencias de su educación lo separaban de Lola, como si aquella niña angelical fuera el alma de su alma, la única luz de su existencia.

Sin darse cuenta de ello, ni Paco podía vivir sin Lola, ni Lola sin Paco.

La crisálida se convirtió en mariposa al mismo tiempo que el gentil retoño se hacía lozano arbusto, y un día los dos se miraron como no se habían mirado nunca, de sus pupilas brotó la chispa del amor, ella bajó los ojos ruborosa y él exclamó, estrechando sus manos emocionado:

— Serás mi mujercita, Lola, serás la compañera de mi vida.

— Es mi única ambición, mi sola esperanza — repuso no menos emocionada ella.

No había más que hablar.

Desde aquel día desaparecieron las inocentes expansiones de la infancia, entrando ella en la vida circunspecta y reservada de la mujer y él en la existencia apasionada y anhelante del hombre.

Trabajar incansable para conseguir una modesta posición que le permitiera hacer á Lola su esposa y atender á la subsistencia de los dos, fué desde entonces su solo afán.

Colocado de meritorio en la casa de banca donde su padre estaba empleado, demostró su inteligencia y actividad, y así logró ir subiendo lentamente y es-

calón por escalón la difícil escala de los empleados que no tienen más padrinos que su laboriosidad y su honradez.

Soñando y amando esperaban los dos pacientemente que llegara la fortuna, representada para ellos en el mezquino sueldo que para otros es la miseria.

Y como la vida tiene tan extrañas anomalías y el destino tan raros caprichos, la muerte se encargó de realizar los sueños y los deseos de los dos tiernos enamorados.

Murió el padre de Paco, y éste fué colocado en su puesto con el haber á la vez pequeño y anhelado de seis mil reales.

El pobre joven aprendió prácticamente que con la alegría viene siempre un dolor, que la dicha se compra á costa de amargas lágrimas.

Lola fué al fin su esposa.

II

La felicidad no se describe, han dicho varios autores, y es cierto.

Baste, pues, decir que los nuevos esposos alcanzaron la mayor cantidad de dicha que es posible lograr en este mundo. Uno y otro creían estar soñando y pedían á Dios que no los despertara de tan hermoso sueño.

—¡Y dicen algunos insensatos que en el mundo no hay paraíso! Yo aseguro que lo hay, y sin serpiente,

puesto que un ángel lo guarda — exclamaba Paco en su embriaguez.

—¡No existe ni puede existir dicha mayor que la nuestra! — decía Lola. — Pidámosle á Dios que dure mucho.

Y al decir esto, su voz se velaba y sus ojos se humedecían.

Paco se reía de sus temores y borraba con un beso las nubes de su frente.

Pero en realidad Lola tenía funestos presentimientos, no hijos del capricho ó del humor, sino motivados por el estado de su salud. Se sentía realmente enferma y cada día peor.

Su débil complexión daba lo que prometía: en el presente la anemia, para el porvenir la tisis.

La pobre niña, ocultando á los que amaba sus temores y sus angustias, á todos sonreía, mientras la enfermedad avanzaba implacable.

Sin embargo, la ternura de Paco adivinó lo que le ocultaban, y acudió presuroso á la ciencia en busca de esperanza y de remedio.

De la conferencia resultó que había uno solamente para su adorada Lola: buscar en las aguas de Panticosa los gérmenes que habían de vivificar sus débiles pulmones, destruir allí el incipiente virus tuberculoso.

Los dos esposos se retiraron de la conferencia tristes y abatidos.

Por un instante se miraron en silencio.

Aquella mirada quería decir:

— El remedio es excelente; pero... ¿dónde está el dinero?

Paco bajó la cabeza y un sollozo subió á su garganta.

— Es imposible, Paco — se apresuró á decir ella, — no pienses en eso.

— ¿No he de pensar? Tú eres antes que todo. Ya encontraré un medio.

Un instante después sus ojos brillaban y sus labios sonreían.

— ¡Hallé la salvación! — exclamaba. — Irás á Pantocosa y te curarás, y me darás un ángel que será tu retrato, y moriremos de viejos, rodeados de nuestros biznietos.

En realidad, la idea de Paco era buena y éste la creía de infalibles resultados.

Seguro de la estimación de su jefe, que lo conocía desde pequeño y de adolescente lo tenía ya á sus órdenes, pensó que no podía rehusarle algún adelanto que le permitiera atender á los gastos del imprescindible viaje de Lola, y que teniendo en sus manos el seguro cobro, no había de negarle la salvación de su esposa.

Cierto que el banquero tenía fama de avaro y duro de corazón, que era obscuro y excéntrico; pero tratándose de cosa tan grave como la vida de una persona y una vida tan preciosa, no podía mostrarse insensible.

Paco quería estar seguro de ello, y para convenirse se decía:

— No hay, no puede haber ser tan implacable que por el adelanto de unos cuantos duros se niegue á salvar á ese ángel de una muerte cierta; no dudo, tengo la seguridad de que accederá á mi petición, y mi Lola encontrará la salud en esas benditas aguas.

Pero, á pesar de esta seguridad, sus piernas temblaban al dirigirse al despacho de su jefe, y cuando en él penetró estaba pálido como un muerto.

Sabía que aquella entrevista era una jugada de vida ó muerte, que de ella dependía su destino.

El banquero, sentado ante lujosa mesa ministro, contaba billetes de banco.

El momento pareció á Paco propicio, y con voz trémula hizo el relato de su desventura y formuló su petición.

El banquero le escuchó en silencio; luego le dijo con pausado tono:

— Siento mucho la enfermedad de tu mujer; ya sabes que desde muchacho te he estimado y distinguido; pero... lo que me pides es imposible.

Paco sintió la sensación de un golpe de maza que aplastara su cráneo.

— ¡Imposible! — balbuceó.

— Sí, y tú lo sabes mejor que nadie. Es ley invariable en mi casa no adelantar ninguna cantidad á mis empleados. Pago exactamente, no pueden exigir más.